

jante” (p. 57). Por lo tanto, las llamadas inspiraciones son “frutos de la costumbre, del ejercicio” (p. 59).

Lograr responder a la pregunta que se plantea a lo largo de unas pocas páginas es un logro de mucho valor. Y Brentano lo hace con claridad meridiana. Los genios no tienen ningún pensamiento inconsciente, ni capacidades de tipo distinto que los demás hombres: solo conexiones de ideas que se verifican según las mismas leyes que en nosotros (cfr. p. 65). La diferencia es, pues, solo en grado, y no en especie. Consciente de la desilusión que esto puede producir, Brentano añade que este saber que los artistas son como nosotros no debe llevarnos a la falta de entusiasmo, sino a regocijarnos aún más, porque estos grandes hombres son *de los nuestros*: “Cuanto era divino en ellos, vive también en nosotros, aunque no con tan brillante llama” (p. 66).

Es cierto que, si uno no conoce bien la psicología y la teoría del conocimiento brentaniana —como es el caso del autor de estas líneas—, puede quedarse con la sensación de no entender bien el fondo del planteamiento. Aun así, esta lectura merece completamente la pena por el interés que suscita la pregunta que plantea, por el despliegue de erudición de Brentano —que cita a artistas y pensadores con tesis muy sugerentes—, y porque constituye un ejemplo de cómo esclarecer de modo riguroso un fenómeno del mundo de la vida.

Jerónimo Ayesta López. Universidad de Navarra
jayesta@alumni.unav.es

CARABANTE, JOSEMARÍA

Mayo del 68. Claves filosóficas de una revuelta posmoderna, Rialp, Madrid, 2018, 93 pp.

Mayo de 1968 no es febrero de 1848. Nunca lo será. Una impostura, un circo o un juego no pueden tener la magnitud de una revolución social, ni siquiera de una revolución política. Raymond Aron la habría llamado un *happening* de estudiantes si el término hubiera

tenido curso legal cuando escribía su libro sobre *La révolution introuvable*. La obstinación ideológica de los estudiantes sublevados, inasequibles a la racionalización política de los acontecimientos y a su inteligencia, le hace muy pronto abandonar el asunto. Decepcionado por la capea de Nanterre no perderá ni un minuto más. Así se lo hace saber, irónico, a Julien Freund a primeros de julio de 1969: “Usted tiene más paciencia que yo porque es más joven. A mí ya no me queda, de modo que dejaré a todos estos jóvenes divagar en paz (*je laisse les jeunes gens déraisonner en paix*)”. El destino biográfico y político de la mayoría de revolucionarios *soixante-buitards* resulta finalmente incompatible con el relato épico de una fiesta cancelada por un discurso de apenas tres minutos (30 de mayo) del presidente Charles De Gaulle, un gigante político: “[Que nadie impida] a los estudiantes estudiar, a los profesores enseñar, a los trabajadores trabajar... La República no abdicará”. La ausencia de verdaderos herejes y renegados del 68 —con la excepción, según Jürgen Habermas, de Günter Maschke—, constituye la prueba de cargo contra un movimiento sin médula política. Aquella espuma de regato en la que flotaban, como detritus, las consignas “Prohibido prohibir”, “La imaginación al poder”, “Todo es dadá”, “Sed realistas, pedid lo imposible” y muchas otras parecidas, tan sobrestimadas por los estudiantes de bachillerato y sus profesores de filosofía, no era para tanto; el peligro nacía en corrientes más profundas. Generada una por el marxismo-leninismo y su quinta columna occidental, el “Tercer ejército de la URSS”, por recordar el título de un libro del ex-comunista y anticomunista Francisco Félix Montiel; la otra por la amalgama del freudismo, la Escuela de Fráncfort y otras especias. De estas “corrientes filosóficas” se ocupa precisamente Josemaría Carabante, autor de este conciso ensayo que tiene el valor de un breviarío.

Choca en cierto modo la celebración del cincuentenario de un episodio menor que el siglo que viene ubicará tal vez en las notas a pie de página de la historia del comunismo. Carabante da ya algunas pistas desde el subtítulo: mayo del 68 como “revuelta posmoderna”. En cierto modo, el autor pone la Revolución en su sitio, subrayando ante todo su dimensión cultural y psicológica (psicodrama). La re-

vuelta parisina se alimenta del “filón de la filosofía de la sospecha”, del mito de la “cultura como represión”, de la transposición política de la llamada “revolución sexual” y del *situacionismo* que explota la “estética como lenguaje político”. Todo ello ha llegado a formar parte, por vías en ocasiones sinuosas, de las “constelaciones filosóficas posmodernas”. “Lo cierto es que Deleuze, Derrida, Foucault o Lyotard, cada uno a su manera, cada uno con su peculiar registro, dieron forma filosófica a algunas de las principales tesis que alborotaron los ambientes universitarios de los sesenta” (p. 71). En realidad, Carabante se eleva sobre la (relativa) pobreza filosófica del movimiento de mayo para captar los rasgos de la posmodernidad que tiene precisamente en el 68 su síntoma espectacular máximo. ¿Cuáles son esos rasgos? Roger Scruton, lectura frecuentada por el autor de este ensayo, ha escrito al respecto en *Pensadores de la Nueva Izquierda* (Rialp, 2017) y otros lugares. Carabante lo explica contraponiendo diversidad y diferencia (*plurimulticulturalismo*) frente a identidad, “[concebida] como una categoría unidimensional y empobrecedora”. Es el magma confuso del individualismo posmoderno, para el que nada hay seguro. Cotiza lo diferente, pero no hay manera de jerarquizar su valor. Es la trampa perfecta en la que cae el liberalismo... si es que el liberalismo no forma parte de esa misma celada.

Josemaría Carabante tiene esperanza. La brecha es profunda (uniformidad *cool*, trivialidad, consumismo, feísmo... para qué seguir), pero la “tarea espiritual” de reconstrucción nos convoca. Se trata de luchar contra el tedio (p. 92), mal temible. “Esta será la verdadera revuelta, la auténtica revolución” (p. 93).

Jerónimo Molina Cano. Universidad de Murcia
jeromo@um.es